

Salen la CASADA.

CASADA.

Téngase, hermano, póngaseme junto,
no se aparte de mí tan sólo un punto,
y advierta que tenerme en mí no puedo,
que soy casada y he perdido el miedo.

DOCTOR.

Pues ¿por qué se casó?

CASADA.

Porque es muy rico,
y sólo sirve para hacerme el pico;
y es muy viejo,
y sólo sirve para dar consejo.
Pensé que me casaba por un año,
y ya me dura dos aqueste engaño.
¡Ay, ay, ay!

DOCTOR.

¿Qué tiene, hermana?

CASADA.

Que me muero,
que es mi marido viejo, y trae braguero.

DOCTOR.

¿Cómpralos él?

CASADA.

Pues ¿quién comprarlo había?

DOCTOR.

Mas que ninguno lo compra de día,
que en la plaza mirando al que los vende,
no llegándose un alma en que se entiende
le dije sólo: Aquesto está sobrado,
y en todo el día un hombre no ha llegado.
Respondíome el potrero: «En todo hay modos;
esto, al anochecer, lo compran todos.»

CASADA.

Sabrá, señor doctor, tengo vergüenza.

DOCTOR.

Pues no haya miedo que á vusted la venza,
dígalo, que hombre soy que nada ignoro.

CASADA.

Sabrá tengo un vecino como un oro.

DOCTOR.

¿Y está dél descontenta?

CASADA.

Doctor mío,
no le he mirado vez que no me río.
Es galán, es airoso y es poeta,
y yo voy reventando de discreta;
escribíome dos liras y un romance,
con que fué de mi amor el primer lance.

DOCTOR.

¿Qué triste que vivís, mi dulce amiga!
Dese viejo el vivir á tanto obliga;
si discreto, ese viejo, se muriera,
dichoso vuestro gusto en tal se viera.
Remedio á tanto mal será divino
aplicarle un emplasto del vecino.

HERMANO.

Venga, hermana, que yo el remedio llevo.

CASADA.

El mal me aprieta, hermano; únteme luego.

Salen la DUEÑA.

DUEÑA.

¡Ay, socorredme, Virgen del Rosario,
que es este mi dolor extraordinario!

DOCTOR.

¿Quién sois, hermana?

DUEÑA.

Mi dolor lo enseña.
¿No echa de ver vusted como soy dueña?

DOCTOR.

¿Y de honor?

DUEÑA.

Sí, señor, soy muy honrada.

DOCTOR.

Si sois bruja, no hacéis en eso nada.
Venid acá: ¿estáis acomodada?

DUEÑA.

Sí, mi señor, muy bien.

DOCTOR.

¿Y bien pagada?

DUEÑA.

Por extremo, señor.

DOCTOR.

Y en las raciones
¿suelen entrar las santas quitaciones?

DUEÑA.

De ningún modo.

DOCTOR.

Y bien pagada queréis, descontenta doña
de modo que estando acomodada y bien pa-
¿queréis de descontenta ser curada? [Urraca,
¡Lleve el diablo el primero [gada,¹
que dueñas inventó, y el carretero
que os trujo y no os molió con una estaca!
¿De qué estáis descontenta, doña Urraca?
Tumba en pie, alma en pena, que arrastrando
andáis toda la vida mormurando,
siendo con tocas blancas y monjiles
de doncellas y pajes alguaciles,
¿de qué es el desconsuelo?

DUEÑA.

Señor mío,
escúcheme vusted, que mi albedrío

¹ Este pasaje, sin duda se habrá escrito así:

DUEÑA. De ningún modo.

DOCTOR. Y siendo bien pagada
¿queréis de descontenta ser curada?

DONCELLA.

Á fe que aunque lo niega no se vaya;
pues arrojó la capa, quito el luto.

DUEÑA.

¡Toquen, y vaya el diablo para fruto!

299

XC.—El tío Bartolomé. Entremés.¹

[DE BENAVENTE]

PERSONAS:

CAMPUZANO.	DOÑA ESTEFANÍA.
SOLAPA.	DOÑA MARÍA, su hija.
EL TÍO BARTOLOMÉ.	MÚSICOS.

*Salen por diferentes partes CAMPUZANO y SOLAPA sin verse,
y dicen este soneto.*

SOLAPA.

¡Venturoso del hombre que se casa!

CAMPUZANO.

¡Desdichado de aquel que mujer quiere!

SOLAPA.

¡Rico el que á gusto la mujer la adquiere!

CAMPUZANO.

¡Pobre el que ha de regir mujer y casa!

SOLAPA.

Con la mujer cualquiera mal se pasa.

CAMPUZANO.

De la mujer cualquiera mal se espere.

SOLAPA.

No es bien, sin ella honor y paz se espere.

CAMPUZANO.

Ella la paz y honor quema y abrasa.

SOLAPA.

Viviendo la mujer, vive el contento.

CAMPUZANO.

Viviendo la mujer, vive la pena.

SOLAPA.

Muriendo la mujer, nace el tormento.

CAMPUZANO.

Sale el que enviuda de una gran cadena.

SOLAPA.

No merece morir.

CAMPUZANO.

Cada día ciento.

SOLAPA.

No hay mujer mala ya.

¹ Del Ms. 15.105 de la Bib. Nac.

tan entero se está como cuando era
doncella y moza.

DOCTOR.

Ya pasó esa era.

DUEÑA.

Á no ser mi hermosura, ya pasada,
no estuviera yo aquí tan encerrada.
¿No quiere vuesarced me dé pepita
de ver pasar airosa una mocita
con el alma en los pies, polida huella,
y acordarme también que fuf doncella?
¿No quiere mi dolor que sea sin tasa,
si no nos puede ver ninguno en casa?
¿Si al que más agradable nos mostramos
con sólo dos palabras enfadamos,
y si acaso es devota la persona
la llaman en la casa la chacona?
Si tengo, por ser vieja, sólo un cuarto,
me dicen que de vino no me harto;
si me encomiendo á Dios y estoy rezando,
dicen que estoy á solas mormurando,
y si acaso llamamos un criado
y nuestra ama le envía [á] algún recado,
con ser mandada, dicen cuando viene,
«el diablo lleve quien en casa os tiene.»
Amos, amas, criados y criadas
nos llaman enemigas no excusadas,
y si alguno [hay], señor, [que] nos alaba
no falta á quien le pesa, ¡cosa brava!,
y si dicen: «las dueñas son honradas»,
«¡oh, qué buenas que son para quemadas!»

Salen el HERMANO, DONCELLA y CASADA.

HERMANO.

Señor doctor, muy gran milagro ha sido;
la casada ha sanado, y ha venido
la doncella con ella.

CASADA.

Ven, entremos,
y las dos al doctor gracias daremos.

DOCTOR.

Hijas, doncellas, viudas [y] casadas
no todas mueren, no, muy apretadas.

CASADA.

¿En qué querrá el doctor que le paguemos?

DONCELLA.

En un baile.

DOCTOR.

¿Quién había de bailar?

DONCELLA.

Vuesarced, señor, y el beato hermano,
y nosotras también, muy á lo humano.

HERMANO.

¡Jesús, tal tentación arriedro vaya!

CAMP. ¿Mujer hay buena?
 SOLAPA. Mi tío ayer enviudó,
 Dios le dé ayuda y consuelo;
 el pésame vengo á dalle
 por la obligación que tengo.
 CAMP. El parabién vengo á dalle
 de las bodas y el entierro
 á mi tío, pues ayer
 salió de un Argel eterno.
 SOLAPA. ¡Oh, Campuzano!
 CAMP. ¡Oh, Solapa!
 ¿Qué se ofrece, qué hay de nuevo?
 SOLAPA. ¿Si estará el tío en la cama?
 CAMP. De su gran flema, lo creo.
 SOLAPA. ¿Qué flema puede tener,
 que descanso ó que sosiego
 un hombre que ayer envía
 su amada mujer al cielo?
 CAMP. ¿Qué pena puede tener,
 que llanto ó qué sentimiento
 quien desde ayer se ve libre
 de entre cadenas y hierros?
 SOLAPA. ¿Cómo libre?
 CAMP. El que enviuda
 escapa de los tormentos.
 SOLAPA. Llamémosle: ¿Tío!, ¿tío!
 CAMP. Yo creo que no le tiene
 admirado el sentimiento,
 que yo apostaré que duerme
 cien horas á sueño suelto.
 SOLAPA. ¡Ah, tío Bartolomé!
 BART. (Dentro.) ¿Quién me llama?
 SOLAPA. Abrió aquí, necio.
 (Vase medio desnudo arriba.)
 BART. Hasta agora necio he sido,
 mas desde hoy seré discreto.
 SOLAPA. ¿Por qué?
 BART. Porque estoy viudo
 y casarme más no pienso.
 SOLAPA. Tío, ¡luego no lloráis!
 BART. ¿Llorar? ¿por qué cinco sueldos?
 ¿Murióseme alguna yunta?
 ¿Hurtáronme mi dinero?
 ¿Hame nacido una rija,
 ó la mujer viva tengo
 para llorar? Pero aguarde,
 que abrilles la puerta quiero. (Vase.)
 CAMP. ¿Qué os parece?
 SOLAPA. Que no es mucho
 que una bestia no eche menos
 el bien que Dios le ha quitado.
 CAMP. Antes yo le considero
 discreto y agradecido
 al favor que Dios le ha hecho.
 Miradle qué alegre sale.
 Sale Bartolomé de vejete.
 SOLAPA. Es un necio.
 CAMP. Es muy discreto.
 BART. Durmiendo me salgo todo,
 que mala obra me habéis hecho.
 SOLAPA. De la muerte de Quiteria,
 que Dios la tenga en el cielo,
 el pésame vengo á dalle.
 BART. El parabién fuera bueno
 que me diera.
 SOLAPA. ¿Por qué causa?

BART. Porque al punto que ella ha muerto
 he resucitado yo.
 CAMP. Tío, que gocéis el contento
 de la muerte de Quiteria
 los años de mi deseo.
 BART. Para serviros será,
 y á Dios, sobrino, le ruego
 que se mueran cada día
 mujeres de ciento en ciento.
 Yo estoy, sobrino, agora
 como viudos deste tiempo
 de aquellos amortajados
 que en los fanularios negros
 llevan el *requiem* eterno
 y el aleluya allá dentro.
 SOLAPA. ¿Qué decís, bestia?
 BART. ¿Yo bestia?
 ¿Soy casado? Yo no tengo
 mujer que me eche la albarda
 para ser bestia.
 SOLAPA. Á lo menos
 la merecís bien llevar
 por disparates como éstos.
 BART. Por eso, señor sobrino,
 si Dios me guarda mi seso,
 he de vivir sin mujer,
 con que andaré siempre en pelo.
 CAMP. Vos habláis ya de experiencia;
 andáis en eso discreto;
 no os caséis más.
 BART. ¡Á los bobos!
 Dios me libre. ¡Jesús, tiemblo
 en tratarme de mujer!
 ¿Que estoy viudo no creo!
 ¡Viudo! ¡Aleluya! ¡Aleluya!
 Salto y bailo de contento.
 SOLAPA. Pues mirad, que bien estáis,
 que os traigo otro casamiento.
 BART. ¿Qué es esto? ¡Di, madre mía!
 ¡Blasfemia! ¡Jesús! ¡Infierno!
Fugite, partes adversas;
 echaréme en este suelo.
 SOLAPA. Mirad que os está muy bien.
 CAMP. Calla, no le trates de eso.
 BART. Daréme de cabezadas
 si venís con esos cuentos.
 ¿Yo casarme? ¡Oh, qué lindico!
 ¿Yo casarme? ¡Pierdo el seso!
 ¿He muerto algún sacerdote,
 robé el Santo Sacramento,
 he quemado alguna iglesia,
 cometí otro sacrilegio
 para darme tal castigo
 como casarme, que pienso
 que fuera pena bastante
 para delitos más feos?
 ¡No, hermanito! ¡No, hermanito!
 ¡Señor, guardadme mi seso,
 que me le quieren volver!
 ¡A otro perro con ese hueso!
 SOLAPA. ¿Si la mujer es hermosa!
 BART. ¡Hágale muy buen provecho!
 que es higuera en el camino
 que todos la dan un tiento.
 SOLAPA. Es moza y fresca.
 BART. Esa carne
 no es muy buena para viejos,

que nosotros la manimos
 y la comen otros cuervos.
 SOLAPA. Es muy rica.
 BART. Peor que peor,
 porque con tanto dinero
 no será mucho cargar
 en mi cabeza algún censo.
 SOLAPA. Es callada
 BART. Es imposible
 que pueda callar viviendo,
 porque hay mujer que no calla
 un año después que ha muerto.
 ¿Quereisla ver?
 SOLAPA. Ni aun oír.
 BART. ¿Por qué?
 SOLAPA. Porque si la veo
 ella es fuego, yo la estopa,
 sopla el diablo y arde luego.
 BART. Voy por ella.
 SOLAPA. Hombre del diablo,
 no me fuerces, que no quiero
 ver mujeres en mi vida
 ni tratar de casamiento.
 SOLAPA. Si no os agradare, tío,
 ¿qué hay perdido?
 CAMP. Dad os ruego
 lugar que venga y que os hable
 por echar de aquí este necio.
 BART. ¡Vaya por ella y no vuelva!
 SOLAPA. ¡Válgate el diablo por viejo! (Vase.)
 BART. ¿Cómo? ¿Que así permitáis
 que quieran volverme el seso
 trayéndome esta mujer!
 CAMP. Callad, tío, yo os prometo
 de ayudaros: tened firme.
 BART. Si tuviera por muy cierto
 que casándome con ella
 en aquel mismo momento
 se había de caer muerta,
 aun fuera muy loco y necio
 en casarme, cuanto y más
 no sabiendo cuánto tiempo
 vivirá, que las mujeres
 se mueren por jubileo.
 SOLAPA. Abrid, que viene la novia.
 BART. ¡Jesús! Sobrino, yo os ruego
 que atranquéis aquella puerta;
 cerrad allí, que me muero
 en sólo pensar que viene.
 CAMP. ¡Por Dios, que es gracioso cuento!
 BART. Aun ha de estar en la calle
 y ya me hiede acá dentro.
 ¡Jesús, y cómo corrompe
 narices y boca, cierto!

Salen SOLAPA y DOÑA ESTEFANÍA y DOÑA MARÍA, su hija.

SOLAPA. Tío, aquí está la mujer.
 BART. Tápame los ojos luego
 por no ver visión tan mala.
 EST. ¿Qué ademanes son aquellos?
 MARÍA. ¡Ay, Señor! ¿Cuál es el novio?
 SOLAPA. Aquél es el novio.
 MARÍA. ¿Es tuerto?
 BART. ¿Por qué se tapa los ojos
 el que quiere casamiento?
 SOLAPA. No tuerto, que es poca cosa;
 pero sordo, mudo y ciego

por no ver, oír ni hablar
 con mujer, fuera más bueno.
 MARÍA. No espero yo, madre mía,
 [tener] marido tan viejo.
 SOLAPA. Abrid los ojos, abuelo.
 BART. Mayor necedad es, nieto,
 abrillos para casarme
 que ver el mal ojo abierto.
 SOLAPA. Pues, por Dios, que es como un oro.
 BART. Pues yo seré como un hierro;
 pues no habrá yerro mayor
 que abrir la ventana al cierzo.
 SOLAPA. ¡Abre!
 BART. No me determino.
 EST. Bueno,
 ¿no se las dan y las sopla?
 Con este caldero viejo,
 como suelen decir, niña,
 compraremos otro nuevo.
 BART. Aun no está la venta hecha
 ni yo, por mi parte, quiero
 que se encienda la candela.
 MARÍA. ¡Abra ya!
 BART. ¡Á Dios me encomiendo!
 (Abre los ojos y quédase mirándola.)
 MARÍA. Abra ya, que no espantamos.
 EST. ¿No ve la gracia del viejo?
 SOLAPA. Espantado está. ¿Qué tiene?
 Hablad sí, y decid luego
 si la mujer os agrada.
 CAMP. Hablad; ¿qué os parece desto?
 BART. ¡Hola! ¡Hola! ¡Vive Dios
 que es la chocotilla un cielo!
 Picádome ha como pulga;
 entróseme en el celebro.
 Bien me estaba yo en mis trece.
 EST. Llega y dile algún requiebro,
 niña, con que le enterezcas.
 MARÍA. ¡Ay!, no osaré: tengo miedo,
 que es muy viejo y soy muy niña.
 EST. Anda, rapaza: ¿qué es esto?
 MARÍA. ¿Si no sabo!
 BART. ¡Ay, chocotilla,
 y qué cosquillas me has hecho!
 MARÍA. Déme, mi vida, un abrazo.
 BART. ¡Mi vida! ¿Quién oye aquesto
 y no se derrite todo?
 ¡Valga el diablo el embeleco
 y quien me hizo abrir los ojos!
 MARÍA. ¿Niégamelo?
 BART. No lo niego,
 que me diste el virotazo,
 chiquilla, de medio á medio.
 CAMP. Más loco está que un candil.
 ¡Lástima por Dios le tengo!
 Conciértese aquí la boda.
 SOLAPA. ¡Alto! Tráigase tintero.
 CAMP. Aquí está tintero y pluma.
 EST. Pues yo como antigua quiero
 aconsejaros dos cosas.
 BART. Escribid vos, señor yerno.
 Consejos de mujer tomo,
 que son enemigos nuestros,
 y siempre del enemigo
 es bueno el primer consejo.
 SOLAPA. Yo diré mi parecer.
 CAMP. Y yo diré lo que siento.

BART. ¡Oh! ¡Nunca abriera los ojos,
que ya no tengo remedio!
(Pónese á escribir BARTOLOMÉ.)

EST. «El marido que escoge
mujer ó negra,
purgatorio y infierno
tiene en la tierra.»

BART. Tierra.

EST. «Si recibes ofensas
de tu enemigo,
cásale y no le busques
mayor castigo.»

BART. Castigo.

CAMP. «Mucho vale un viejo
para la casa,
pero más vale un mozo
para la cama.»

BART. Cama.

MARÍA. «Díganle á mi velado
que no trabaje,
bástale por oficio
que sufra y calle.»

BART. ¡Calle!
Muy agradecido estoy,
señores, á los consejos
que todas vuestras mercedes
me han dado con tan buen celo,
y porque más se celebre
la boda y el casamiento,
estos consejos se bailen,
pues me los dieron en verso.

EST. Por Dios que ha hecho muy bien;
canten y los bailaremos.

BART. Pues yo quiero zapatear
y alegrar mi casamiento.

(Cantan los consejos y se da fin.)

300

XCI.—Entremés de Pipote
en nombre de Juan Rana.¹

PERSONAS:

PIPOTE.	SALVADOR.
COSME.	CLARA.

*Salen COSME, gracioso; COSME, sazonado; COSME, dichos
(sic), y SALVADOR, en nombre de JUAN RANA.*

SALVADOR.

Pues para todo ensillado,
Cosme, á quien confirmó la turba humana
espléndido banquete á donde sirves
platos á varias gentes
todos de Rana y todos diferentes,
cosquillas generales
que las hacen en todos los corrales.

COSME.

¡Con él hablas y el gesto.
¡Dios de mi alma!, ¿en qué ha de parar esto?

¹ Del Ms. 15.105, *Entremeses del Licenciado Quiñones de Benavente*.

SALVADOR.

Simple discreto, que por tu donaire
mereciste que fueses
perpetuo alcalde de los entremeses,
dando al vulgo sentencias avisadas,
á veces truecas por tus alcaldadas.
Rana, que con graciosos ademanes
quitas el gusto á más de dos faisanes
que con tu risa falsa
para hacerse comer que buscas salsa,
suplícote que quieras remediarme.

COSME.

Mi señor, ¿es aquesto requebrarme?
porque, por Dios, que aunque es caso terrible,
que me temo, según soy de apacible,
cuando haya usado sartas de mujeres,
sal por aquesta calle
y topará un talle y otro talle
más tiesos que un virote
que sin hacer por qué, les dan garrote,
dejándolos tan largos y delgados
de valenciones¹ que pueden en conciencia
venderse por congreses;¹
porque hay mujer que trae, no sin mancilla,
embasada la carne en la costilla
tan estrecha y gacisa,²
que ya no es talle, sino longaniza.
Busca estas sabandijas,
y á mí déjame ir y no me aflijas,
que hay Puerta de Alcalá, por Dios eterno,
y para mí traes aún el invierno:
cuando el frío hace fieros,
más apetezco fuentes que braseros.

Sale SALVADOR (sic).

SALVADOR.

¡Qué mal queda en el punto!

COSME.

No es éste.

SALVADOR.

Pues ¿qué es? Estoy difunto.
Estoy enamorado, que me quemó.

COSME.

Oigan, pues eso es lo que yo me quemó.³

SALVADOR.

Estoy enamorado,
mi señor, de la hermana de un letrado
más bizarra y lozana
que el sol.

COSME.

¡Hablara yo para mañana!
¿Que amor de hembra ha sido?
¡Válgate Barrabás, cuál me has tenido!

¹ Así en el original.
² Debe de ser «maciza».
³ Hay evidente infidelidad en la copia. El primer «quemó» quizá será «extremo». Diría
Estoy enamorado por extremo.

SALVADOR.

El hombre es tan celoso
como el hablalla yo dificultoso;
que haciéndola estar siempre
en su mismo escritorio
excusa todo humano parlatorio,
y así vengo á pedille algún remedio
de su ingenio fiado.

COSME.

¡Calle! ¿Cómo se llama este letrado?

SALVADOR.

Pipote.

COSME.

¿De conserva?

SALVADOR.

Sin tenella;
el pipote y la conserva es ella.

COSME.

Vamos y ayudarle; yo le miro
con ojos á vusted, que tiene talle
antes que de guardalle
el azúcar que lleva,
de dejar el pipote sin conserva.

Salen PIPOTE, letrado, y CLARA.

CLARA.

¿Yo en el estudio siempre y entre libros?
¿Soy letrado ú de serlo llevo talle?
Aquesta Baldo y una Mariana:¹
no sé más leyes yo que la cristiana.
¿Yo asistir donde ordenan peticiones
cuando están los varones
con lamentables muestras
sin poder defenderse de las nuestras?
¿Yo en un estudio donde no hay pasantes
que en viéndome no quieren ser llegantes,
y ya á donde me encuentran
sin ser pleito me hojean cuantos entran?
Casadera es mi edad, justicia pido,
que una doncella grande sin marido
y un soldado sin guerra son, hermano,
como las chimeneas en el verano
que casi las desechan
hasta que llega el tiempo en que aprovechan.

PIPOTE.

Aquí habéis de asistir, no os dé mohína;
que también la doncella es como endrina,
que apenas la han tocado
cuando el dedo le dejan señalado;
y no os canséis, que aunque seáis astuta,
de casa ha de salir la flor con fruta.

CLARA.

Fruta soy chabacana,
pues nadie me apetece.

PIPOTE.

Clara hermana,

¹ Así en el original.

de veros siempre junto á mí me alegro.
(Llama dentro.) ¡Ah de casa!

PIPOTE.

¿Quién es? Ya viene gente.

CLARA.

Entre quien es. ¡Qué, tal conmigo pasa!

PIPOTE.

¿Quién llama ahí fuera?

COSME.

Quien está en su casa.

PIPOTE.

¡Pardiós buena!

COSME.

¡Ah de casa!

PIPOTE.

¡Hermosa flema!

¿Quién es?

COSME.

Quien está acá.

PIPOTE.

Es aquesta tema
que ya de gracia á grosería pasa.
¿Quién es? ¡qué quiere!

Salen COSME y SALVADOR de villanos.

COSME.

Quien está en su casa.

PIPOTE.

¿Estás loco?

COSME.

¡Señor...!

PIPOTE.

¿Que si estás loco?

COSME.

No entiendo.

PIPOTE.

¡Otra tenemos! ¡Es porfía!

COSME.

¿Que me cubra? No haré, por vida mía.
Cúbrase vuesaerced.

PIPOTE.

¡Donoso chiste!

SALVADOR.

Háblele alto, señor, que es sordo el triste.

PIPOTE.

Buen hombre, ¿á qué venís?, decid.

COSME.

¿Qué manda?

PIPOTE.
Vos tenéis gran trabajo.

COSME.
No, señor, no se halla agora un ajo.

PIPOTE.
¿Qué pretendéis, hermano?

COSME.
Compañero,
apártese, que quiero
informar al señor.

PIPOTE.
Decid si es pleito,
que yo le tomaré muy á mi cargo.
(Apártase SALVADOR y CLARA.)

COSME.
Siéntese vuesarced, que es algo largo.
Asimismo, señor, yo soy casado;
tuve suegra y cuñado,
mas con ventura negra,
porque en toda su vida fué mi suegra
madre de mi mujer; aquesto es llano.
Mi cuñado es su hermano
y tenía otro hermanito
que se murió de ahito;
y vengo á preguntalle¹
si heredo yo la voz de este difunto.

PIPOTE.
¿Cómo habéis de heredalle?

COSME.
Ahí esta el punto.

PIPOTE.
¿Qué edad tenía?

COSME.
Cerca de seis meses.

PIPOTE.
¿Cantaba de seis meses, ó lloraba?

COSME.
Yo no sé si lloraba ó si cantaba,
mas por grandes regalos
nos echaron por él del barrio á palos.

PIPOTE.
Es postrero de agosto:
por Dios que sois un mosto.

COSME.
¿Qué!; ¿vino esto? Si vos sólo sois mosto
y á la uva dais de coces.²

SALVADOR.
¡Teneos, hola!; ¿qué hacéis? (Va á tenelle SALVADOR.)

¹ Este verso está en el original así: «Contaba y vengo á preguntalle»; por donde se ve que de dos han hecho uno, pues falta el consonante en «alle», y al «contaba», que debe de ser «cantaba», se alude más adelante.

² Renunciamos á declarar este alterado pasaje.

COSME.
Piso la uva.

PIPOTE.
Déjoos por mentecato y por jumento.

COSME.
Como digo, señores, de mi cuento
yo soy deudo cercano,
y si el niño murió, no fué en mi mano,
que si una vecina le frotó la tripa
con ingüento de Agripa,
y pues del unto del niño tuve miedo,
claro se echa de ver que yo le heredo.

PIPOTE.
Pues ¿qué tiene que ver, dimonio, el unto
para que le heredés?

COSME.
Ahí está el punto.
Porque como le untaron la barriga,
¡qué gordo está vuestro niño! Dios le bendiga:¹
¡la barba que descubre!
guarde, no se le maten este Octubre.

PIPOTE.
Señores, ¿qué hombre es este majadero
en forma?

COSME.
¿Qué horma? ¿Soy yo zapatero?

PIPOTE.
¡Ya escampa!

COSME.
¿Qué, señor?

PIPOTE.
Hombre del diablo,
ven al punto para darte ó anda, vete.²

COSME.
¿Qué tantos puntos calzo?: doce ú siete.

PIPOTE.
¡Ya estoy loco, por Dios!

COSME.
Señor letrado,
¿de qué está vuestasté tan colorado?

PIPOTE.
¡De Barrabás!

COSME.
¿De qué?

PIPOTE.
No ha sido el hígado.

COSME.
Ese es muy viejo achaque,

¹ Así en el texto.

² También aquí de dos han hecho un verso. Falta lo que el letrado ha de dar, que será su parecer, y un consonante en «ablo».

que hay hombres colorados que en un zaque
hacen estragos más que mil demonios
y al hígado levantan testimonios.

PIPOTE.
Pues cuando aqueso sea verdad, pregunto
¿qué le toca eso al pleito?

COSME.
Ahí está el punto
informante.

PIPOTE.
¿Sois bisojo?

COSME.
¡Ya me enojo!
Para informar ¿qué importa ser bisojo?

PIPOTE.
Bizcuero, que es peor.

COSME.
¿Cuero?: yo os juro
que estuviera de vos menos siguro.

PIPOTE.
Habláis y no debéis de conocerme.

COSME.
¿Quién sois?

PIPOTE.
Pipote: ¿y vos, idiota?

COSME.
Talle tenéis de candiota.¹

PIPOTE.
Resolveos á callar.

COSME.
¡Qué linda flema!
Resolveos vos, que yo no soy postema.

PIPOTE.
Pues digo que á callar estoy resuelto,
y que soy un vinagre.

COSME.
Habreis vos vuelto.

PIPOTE.
¿Queréis ir con los diablos?

COSME.
Ni aun oílo.
Reliquias traigo yo en este bolsillo
para estas ocasiones.

PIPOTE.
¿Mas que te doy de mojicones?²

COSME.
¿Que le diga quién soy?
(Saca el vidrillo atado al pecho.)

¹ Verso mutilado. Quizá se escribiría:

Antes talle tenéis de ser candiota.

² Otro verso mutilado.

PIPOTE.
¡Hay tal disgusto!

COSME.
Oiga, que son reliquias de su gusto:
De cepa de Noé traigo una raja¹
á donde estuvo el vino
de las bodas de San Architeclino;
de San Martín la hoja de una parra
y una rasura aloque
y la calabacita de San Roque:
bésela...

PIPOTE.
¡Quita allá!

COSME.
No me haga espantos,
que todas son reliquias de seis santos:
bese vuested y calle.

PIPOTE.
¡Ay, qué me ahoga!

COSME.
No se queje de poco, amigo, agora.

PIPOTE.
¡Ay, ojos!

COSME.
Que le he hecho mal barrunto.

PIPOTE.
¿Para besar me ciegas?

COSME.
Ahí está el punto.

PIPOTE.
Idos con Dios: ¿A qué aguardáis, hermano?
Partí en paz; ¡tal no se ha visto!

COSME.
¿Palominos en paz? ¡Pluguiera á Cristo!
Voime, señor letrado,
pues no me da razón de lo informado.

PIPOTE.
¿Qué informado ó qué talle?
De un animal trassunto,
¿qué sacáis con cansarme?

COSME.
Ahí está el punto.

PIPOTE.
Idos de ahí.

COSME.
Que me place.

PIPOTE.

¡Oh, matalote,
cuál me has cansado!

¹ Falta algo para el sentido y la rima,

COSME.

Adiós, señor Pipote.

(Vase COSME.)

PIPOTE.

Este de tonto pasa, Dios benigno.
Cierra esa puerta, Clara, que imagino
que ha de volver á entrar.
¿A quién digo?

CLARA.

Quien está en su casa. ¹

COSME.

¡Ah, Clara, eso es peor!

PIPOTE.

Por mi vida,
que me ha pegado con la entretenida,
haciéndome que trague
tanto dislate junto.
¡Oh, sordo socarrón! «Ahí está el punto»
haciéndome descuido con su tema
que Clara vaya á ser clara con yema.
Traidor, yo te pondré en igual trabajo;
espera, Rana ó Ranacuajo. ²

Salen los Músicos.

Músicos.

Dándose estaba Pipote
de las astas con el vino
potente rey de los tragos,
gran vencedor de sí mismo.

PIPOTE.

Yo tengo de vengarme,
no penséis con la música estorbarme.

[¿Músicos?]

Decíale: «Plaza, hermano;
pasito, señor, pasito,
que de tal gusto las guardas
tienen muy blando el pestillo,
y ya sabrás mi casa,
cantemos, pues se abrasa,
se atragante su alteza,
conquiste con tragos limpios
y no con furia
los muros de su gallillo. ³
Por eso al hijo de Baco
le pintan con un racimo,
porque los Bacos no saben
beber sino con racimos.
¿Quién fuera parra agora,
aquel bebedor antiguo,
que perseguido buscaba
la causa de su peligro!

¹ También aquí falta algo.² Tal vez se haya escrito esté verso:

espérame, don Rana ó Renacuajo.

³ No es posible adivinar cómo sería e origina de pa-
saje tan corrupto.

301

XCII.—Entremés [de] Zapatanga. ¹

PERSONAS:

ZAPATANGA.	MICAELA.
LUISA.	ANTONIA.

Salen ZAPATANGA, LUISA y MICAELA.

MICAELA.

¡Ah, señora hermosa!

LUISA.

¿Qué quiere, señora linda?

MICAELA.

Que baje el toldo y [al] amor se rinda,
que el señor Zapatanga ha de ser mío.
Hembra, ¿ya se te olvida mi brío?
¿No sabes que si pongo el rostro airado
se queda todo el mundo embelesado?
¿Y qué, con un mirar de aquestos ojos? ²
Pues busca tu remedio en el olvido,
que el señor Zapatanga es mi marido.

ZAPATANGA.

Mis señoras, de oillas enmudezco,
aunque es verdad que todo lo merezco.
Un mozo de este talle y de este porte,
se andan tras de él las damas de la Corte,
pues de mi gala y [de] mi gentileza,
con todo eso informen de sus partes, ³
y á quien pico que en este caso diga
me diere Dios, San Pedro me bendiga,
sino es que las dos vienen de manga.

LUISA.

Escúchenos vusted, sor Zapatanga.
Su principio de aquesta...

ZAPATANGA.

Sin mohína.

[LUISA.]

Fué tablón cordellate y mantellina
de las tabernas limpiatrices,
que á las diez descalabran las narices,
y diciendo ¡agua va!, ponen de un hombre
tan almizclado y oloroso el terno,
que puede ser pebete del infierno.
Si es de gusto fregón y estropajo,
vusted no se deshaga de esta ganga.

MICAELA.

Escúcheme vusted, sor Zapatanga:
quien me busca la vida de fregona
lo puede hacer muy bien, porque es buscona,
y tal, ques como médico no bueno
de los de peje ó rana á la capacha,
que mientras con el vulgo se acredita
vuelve trueco de un real, de una visita,

¹ Del Ms. 15.105.² Falta, como se ve, algo que rime con «ojos».³ Falta un verso antes de éste.

y humilde con lo poco que se adquiere
dice que al pecador como viniere.

ZAPATANGA.

¿De aquestas es? ¡Donosa zangamanga!

LUISA.

Escúcheme vusted, sor Zapatanga:
¿Ve á esa moza? Más flor tiene en la cara
que una endrina por mayorica y bella;
mas si la limpian queda como ella.

ZAPATANGA.

No hay ninguna que esté sin mojiganga.

MICAELA.

Escúcheme vusted, sor Zapatanga.
¿Vela? Pues tal barniz trae en la cara,
porque su afeite, un fino coselete,
es á prueba de mosca y de mosquito.

LUISA.

¡Mientes!

MICAELA.

¿Mientes á mí? Teme, picaña,
desde hoy más una muerte supitaña.

ZAPATANGA.

¿Ténganse, ó vive Cristo, si me enfa[do]
que las eche á los dos en un tejado,
como dientes de niño que está en muda!

MICAELA.

¿Tan altas? Pues, ¿qué haremos sin ayuda
de una escalera?

ZAPATANGA.

Echarse de allí abajo,
y al infierno se irán por el atajo.

LUISA. *(Dentro.)*

¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

ZAPATANGA.

Escuchen: ¿dónde lloran?

LUISA.

En casa de Leonor.

MICAELA.

De ayer casada

y tanto llanto, ¡malo!

ZAPATANGA.

Llama aprisa.

MICAELA.

¡Ah de casa!

LUISA. *(Dentro.)*

¿Quién es?

ZAPATANGA.

Amigos, Luisa.

Sale LUISA.

¿Quién busca á esta estatua asesinada
con vida, en llanto y en dolor asada,

frita en pesar, tostada en una brasa,
llorona general de aquesta casa?

MICAELA.

¿Siempre has de andar llorando, llora duelos?

LUISA.

Pues ¿qué he de hacer, si hay siempre quien se
[muera?

MICAELA.

¿Quién se ha muerto?

LUISA.

Leonor.

ZAPATANGA.

¡Jesús mil veces

LUISA.

La muerte le dió un pan como unas nueces.

MICAELA.

En la flor de su edad.

ZAPATANGA.

Muy moza era.

LUISA.

Y tan moza, que en tiempo limitado
seis maridos, no más, había enterrado.

ZAPATANGA.

¿Y adónde está el viudo sin consuelo?

LUISA.

Probándose un capuz de terciopelo.

ZAPATANGA.

¿De qué? ¿De terciopelo?

LUISA.

Sí, que el triste
como andaba la bolsa con dieta
no tuvo para hacelle de bayeta.

ZAPATANGA.

Llámale.

LUISA.

Que me place: ¡ah, señor mío!
Sal acá, ¿qué te escondes?, ¿qué te metes?

VIUDO.

¡Oh, Luisa! ¿Llamas?

LUISA.

¡Ah, señor, cohetes!

MICAELA.

Parece que el llamalle le da enojo.

LUISA.

En viéndoos se le ha abierto tanto ojo.

VIUDO.

¿Quién se acuerda de este hombre solitario?

ZAPATANGA.

¡Ea, señor, buen ánimo!; ¿qué es esto?

MICAELA.
Baste el llanto, por Dios.

ZAPATANGA.
Baste la pena.

VIUDO.
¡Ay, señores!, que en su triste muerte una pérdida he hecho de importancia.

LUISA.
Sí, que Leonor fué toda su ganancia.

VIUDO.
¿Qué he de hacer yo sin ti?

LUISA.
Lo que ella haría.

VIUDO.
¿Qué haría ella?

LUISA.
Casarse al otro día.

VIUDO.
¡Viudo me dejas, mi Leonor amada! Siempre tuvo cerradas las ventanas.

LUISA.
Porque salía tardes y mañanas.

VIUDO.
Pues, ya dentro en su casa, era en extremo tan hacendosa mi querida prenda...

LUISA.
Que nadie supo hacer mejor hacienda.

VIUDO.
En esto de gobierno fué notable, que mi Leonor por no venir á menos mis dineros guardaba.

LUISA.
Y los ajenos.

MICAELA.
¡Qué lindo talle tuvo!

ZAPATANGA.
Y linda cara.

VIUDO.
Y para mí, bien cara, pues me mata.

LUISA.
Pues para más de dos fué bien barata.

VIUDO.
¿Mas que me murero?

LUISA.
¿Mas que no?

VIUDO.
Una muerte como ésta cuesta mucho.

LUISA.
Aqueso es yerro.

VIUDO.
Más que la muerte cuesta...

LUISA.
¿Qué?

VIUDO.
¡El entierro!

Llorando he de morir.¹

LUISA.
Quísote tanto que ella se holgar[a] de escuchar tu llanto.

VIUDO.
Yo muriera porque ella me viviera.

LUISA.
Ella acetara el truco si pudiera y aun te diera algo encima.

VIUDO.
Yo mi vida sin ti no he de pasar.

LUISA.
¿No? Pues envida.

VIUDO.
Del llanto he de cegar.

LUISA.
Aqueso niego, que ha mucho que vuested estaba ciego.

VIUDO.
¡Yo ciego! Pues ¿por qué?

LUISA.
Por que no vía las buenas obras que Leonor hacía.

VIUDO.
Lealtad le guardaré y amor sencillo.

LUISA.
Pues no lo aprendió della el cuitadillo.

VIUDO.
Sobre su sepultura estaré siempre como un perro leal.

LUISA.
Aqueste ha sido el primer perro vivo que ha tenido, pues que fueron, trocándose la suerte, muertos en vida, vivos en la muerte.

VIUDO.
Mucho lo siento.

¹ Estos versos debieron de escribirse así:
VIUDO. Una muerte como ésta cuesta mucho.
LUISA. Aqueso es yerro; más que la muerte cuesta...
VIUDO. ¿Qué?
LUISA. El entierro.
VIUDO. Llorando he de morir.

LUISA.
Más lo siente Luisa.

ZAPATANGA.
¿Qué, tanto lo has sentido?

LUISA.
¡Es cosa brava! Tanto, que en estas tristes trasnochadas me he dado más de cien calabazadas.

ZAPATANGA.
¿Qué es esto? Agora no es tiempo de trago.

LUISA.
Estoy tal que no sé lo que me hago.

VIUDO.
¡Qué cabello, qué liso!

LUISA.
¿Sí?

VIUDO.
¡Y qué llano!

LUISA.
Tan llano fué, que sin mirar en punto[s], con Leonor vino á ser de dos difuntos.

VIUDO.
¿Qué dices de sus cejas niveladas y de sus dientes?

LUISA.
Que, aunque transparentes, tabas fueron primero y luego dientes.

VIUDO.
¡Qué discreción tenía y qué lenguaje!

LUISA.
Tan sutil que á un mancebo boqui-muelle por pedille chapines de ataugá, chapines le pidió de teología.

VIUDO.
Señoras mías, no hay duda en que era.¹ Dos veces solamente me he casado y Leonor en entrambas se ha hallado. Las Leonores que tuve por divinas me han muerto.

LUISA.
Y á Leonor las catalinas.

VIUDO.
Era muy enfermiza, que en un año estuvo, aunque tan tierna criatura, cuatro meses nuciada.

LUISA.
Y no de locura.²

¹ Falta lo menos un verso después de éste.
² Quizá sobre el «no».

VIUDO.
Pues con todo su mal era aseada; siempre la toca con azul traía.

LUISA.
Y la frente con goma, sí, á fe mía, pues ya el rostro tan limpio y sin afeite que en mi vida la vi lavar con nada.

VIUDO.
Porque era mi mujer...

LUISA.
Muy deslavada.

Sale ANTONIA.
ANTONIA.
Dios las guarde y yo sea bienvenida.

LUISA.
Tal supitez no vi en toda mi vida.

ANTONIA.
Yo me vengo á casar.

LUISA.
¿Con quién, amiga?

ANTONIA.
Con el viudo y basta que él lo diga.

LUISA.
¿El ha hablado palabra?

ANTONIA.
No la ha hablado, mas con el corazón el sí me ha dado, y también con el mío le consiento.

LUISA.
Mental ha sido aqueste casamiento.

MICAELA.
No puede ser, que hay hembra que lo impida.

ANTONIA.
¿Y es ella?

MICAELA.
Sí.

ANTONIA.
¡Donosa relamida!

ZAPATANGA.
Aun faltan más amigos: yo lo estorbo.

ANTONIA.
Que he de ser su mujer.

LUISA.
¿Qué borrachera!

ANTONIA.
Yo he visto á esta mujer.

LUISA.
¡Qué maravilla!

ANTONIA.
Y aun se ha de llamar...

LUISA.
¿Cómo?

ANTONIA.
¡Lamparilla?

LUISA.
¡Mientes, hija de puta!

VIUDO.
¿Hay tal ruido!

LUISA.
Bien puedo hablar, que ya me han conocido.

ANTONIA.
Tan gran conocimiento no se ha visto.

ZAPATANGA.
¡Lamparilla!

LUISA.
¡Judío, voto á Cristo,
que si suelto la saya!

MICAELA.
Yo á lo menos
no se lo llamaré, aunque me lo mande.

LUISA.
¿Pues, cómo, reina?

MICAELA.
¡Lamparón, que es grande!

LUISA.
¡Ya escampa!

VIUDO.
Ahora bien, yo me resuelvo
y el amor de Leonor á Antonia vuelvo.
¡Ropa fuera y capuz!

LUISA.
Sí: ¡ropa fuera!

ANTONIA.
Haya contento.

ZAPATANGA.
¡Baile!

MICAELA.
¡Gusto!

ZAPATANGA.
¡Risa!
ha de ayudar la hermana ¹ Luisa.

¹ Acaso el verso completo sería «de Luisa».

302

XCIII.—Entremés del Marión.¹

FIGURAS DÉL:

CATALINA.	MARIÓN.
JUANA.	UNA CRIADA.
ZURRÓN.	MÚSICOS.

Salen CATALINA y JUANA y ZURRÓN.

CATALINA.
Vámonos poco á poco, hermana Juana,
que es mucha mi razón y más mi cólera,
y ya sabéis que no sufro cosquillas.

JUANA.
Catalina salgamos de mantillas
y no hagas añiñadas necedades,
que es afrentar tus muchas Navidades.

CATALINA.
¡Ay, que me llama vieja! Pues, ¡menguada!,
cree verás deshechos tus engaños.
Señores, tengo yo catorce años.
Apártate, Zurrón, por vida mía,
déjame que lo escriba en un retablo:
actatis suae cuatrocientos años.

CATALINA.
Y las mías, morena, ¿son holgonas?
pues su poquito tienen de escobonas.

ZURRÓN.
Repórtense vuestedes, que entre hermanas
parece mal haber comonidades.

CATALINA.
¿Á mí que tengo muchas Navidades?
¿Á la misma niñez, á la hermosura?
¡Á mí, que cuando salgo por la calle
llevo colgando, dando al mundo espanto,
un alma en cada punta de mi manto
arrojando los cuerpos como cáscaras!
Viva te he de comer.

JUANA.
Porque riades.

CATALINA.
¿Á mí, que tengo muchas Navidades?

JUANA.
¿Oís, señor?: allí la escuece.

ZURRÓN.
Oigámonos, señoras:²
¿estoy aquí por bestia? Sean amigas,
pues no hay agravio.

CATALINA.
¿Cómo no hay agravio?
Si me llamara sucia, tonta ó fea,
azotada, judía ó cualquier cosa,

¹ Ms. 15.105.

² Así en el original.

cualquier satisfacción me fuera honrosa;
mas agravio de vieja no se lava
sino con palos.

ZURRÓN.
Peor está que estaba.
Hagamos, digo, estas amistades.

CATALINA.
¿Á mí, que tengo muchas Navidades?

JUANA.
¡Dalle que dalle!

ZURRÓN.
Aqueste torbellino
¿por qué se levantó?

JUANA.
Porque mi hermana
quiere un mozo que quiero.

ZURRÓN.
¿Y quién es él?

CATALINA.
Zurrón, estame atento.
Hay en este lugar un mozalbita
en sus acciones tan afeminado
que en parecer mujer pone el cuidado.
Hácenos á las dos dos mil desdenes;
habla con sonsonete y reverencia;
pica de manos blancas y me agrada
por aqueste camino, y aquí á Juana
también le cayó en gracia.

ZURRÓN.
¿Y es su nombre?

CATALINA.
Marión.

ZURRÓN.
¡Marión!

JUANA.
¿De qué es la risa?

ZURRÓN.
Mejor es que le llamen doña Luisa.
¡Miren aquí qué gusto de doncellas!
¡Marión! Bercebú cargue con ellas.

JUANA.
Ahora bien, por volver por nuestro gusto
le has de ver.

ZURRÓN.
Vamos, pues, que yo prometo
de acomodar aquestas amistades.

CATALINA.
Menos aquello de las Navidades.

JUANA.
¡Ya escampa!

ZURRÓN.
Y si á ninguna se inclinase
yo os dejaré vengadas.

JUANA.
Eso pido.

CATALINA.
Esta es la casa.
Llama sin ruido.

JUANA.
¡Ah de casa!

(Asómase una criada.)
CRIADA.
¿Quién es?

CATALINA.
Señora hermosa,
al señor Marión.

CRIADA.
¡Lindo recado!
No, hay que aguardar, que aun no está tocado.

ZURRÓN.
Pues ¿tócase?

CRIADA.
¡Qué lindo majadero!
En sólo las haldillas del sombrero
más que si se tocara se detiene.

ZURRÓN.
¡Donoso Marión!

CRIADA.
Pero ya viene.
Vase y sale MARIÓN.

MARIÓN.
¡Jesús, qué pelotera y tabahola!
En verdad que entendí que era otra cosa.
¡Miren, pues, quién llamaba sino un hombre
y dos melindrositas! Paso, paso.
¡Jesús eterno y qué terrible caso!
Pues ¡bonito soy yo para esas cosas!

CATALINA.
Señor mío, ¿por qué tantos desdenes?

MARIÓN.
Quita de ahí, friona, con qué vienes.
¡Amiguito soy yo de atrevimientos!

JUANA.
Oiga vuested un par de casamientos.

MARIÓN.
¿Hay tal descompostura, en mi presencia?
¡Miren agora con la impertinencia
que venían muy sesgas y mirladas,
que es para mi humor muy buen despacho.
¡Casamentico! ¿Estaba yo borracho?

CATALINA.

¡Qué bellas manos tiene!
Hermana, ¿no parecen naterones?

MARIÓN.

¡Callen por Dios!; están hechas tizonas.
Solían... pero no sé que me diga;
claro está que ha de entrar mal ojo en ellas,
que de antes se mataban para vellas.

JUANA.

¿Y á esto del casamiento qué responde?

MARIÓN.

¡Jesús eterno y qué disparatazo!
¿A mí me habrá de ver nadie desnudo?
Apostaré que luego me muriera.
No lo alcanzó en diez años una tía,
cuanto más ellas. ¡Con qué vienen!
De sólo oillo mentar me da zollipo:
¡Jesús, qué susto! Dios se lo perdona.

CATALINA.

Pues no tiene remedio, haya consejo,
que queremos las dos tomar estado.
¿Qué le parece aquel galán letrado?

MARIÓN.

¡Jesús y qué enfadoso! No le mientes,
que es hombre que pretende por los dientes.
Gasta coral, sangre de drago, búcaros,
raíces de nogal y piedra pómez,
excusando el comer por no ensuciallos,
riéndose sin gana por mostrallos,
y si hacéis una gala en nombre suyo
y pedís para algunos adherentes.¹

JUANA.

¡Donosa cosa si por vida mía!
Es mejor el galán de la otra noche.

MARIÓN.

Aun aquese parece cosa justa,
que es tan galán que siempre trae en la mano
el sombrero á pesar de la mollera
por no desordenar rizo y cadera.
Trae contados los pelos del bigote.
Cayósele uno estándolos peinando
y un día entero andúvole buscando
diciendo: si le hallo, en testimonio
yo prometo una misa á San Antonio.

(Sale una tapada.)

[ZURRÓN.]

Este sí que es galán y no vinagres
sin cuenta ni razón.

[MARIÓN.]

¡Jesús eterno!
¿Tapadas en mi casa? ¡Lindo aliño!
Medraremos por cierto.

¹ Así en el original. Muy defectuoso es este pasaje.

CATALINA.

Cumpla, hermano,
que conmigo muy tarde lo comienza.

MARIÓN.

¡Jesús y qué terrible desvergüenza!
¿Por mí había de venir? (Abrazalo.)

JUANA.

No sino al alba.

MARIÓN.

Espérate y veremos. ¡Ay, amiga,
qué bizarra que estás! Dios te bendiga,
alza el paramento: ¿por qué te tapas?
¿Descubres al primer tapón zurrapas?
Guárdenos Dios de gente melindrosa.
Descubre, acaba ya.

(Descúbrese ZURRÓN y da á MARIÓN con un paño de harina.)

ZURRÓN.

No me lo mande.

MARIÓN.

¡Jesús eterno, qué frialdad tan grande!
¿Con la gracia que viene el tamañito!
¿Soy pez, que me enharina para frito?
¿Qué bobería! Sólo por su gusto
se me volviera el cuajo con el susto.
¿Medráramos muy bien por vida mía!
que me pudiera dar alferecía.
¿Qué malas burlas! Quite con los diablos.
No acabo de volver: ¡qué impertinencia!
Muy de veras lo digo en mi conciencia.

CATALINA.

Ahora bien, quitémosle este miedo
con una letra y baile.

JUANA.

Que se haga.

MARIÓN.

¡Jesús eterno, qué enfadosa paga!
Como ese baile, yo no quiero.

ZURRÓN.

Calle.

Oiga esta letra y este alegre tono.

MARIÓN.

Si bailan bien, la burla les perdono.

(Cantan.)

Éranse dos niñas
bellas como el sol,
con ojuelos negros
blancos del amor,
y érase un mocito
que su corazón
rinde por despojos
á una de las dos.
Érase otra moza
cuya condición
á dos mancebitos
trata con rigor.
Todos van bailando
con gracia y primor

ALCALDE.

El diablo me metió con esta ronda.

MAGDALENA.

No se puede excusar en un Alcalde,
que es la ronda forzosa.

ALCALDE.

Lo que os holgáis que ronde, es brava cosa:
¿qué sacáis de que ronde?

MAGDALENA.

¡Mucho, hermano!

En salir á rondar os hacéis tieso
y hacéis vuestro negocio.

ALCALDE.

Y vos el vueso.

MAGDALENA.

Marido, esa es simpleza,
malicia que tenéis en la cabeza
de los serenos que heis cogido ogaño.

ALCALDE.

Sí, en la cabeza tengo todo el daño.

MAGDALENA.

Curaos.

ALCALDE.

No puede ser.

MAGDALENA.

¿Caso notable!

¿Por qué?

ALCALDE.

Porque no tengo con qué curarme.¹

MAGDALENA.

Id al doctor.

ALCALDE.

Ya he ido.

MAGDALENA.

Y ¿qué os dijo, marido?

ALCALDE.

Un caso extraño:¹
que lo que vos coméis, me hace á mí daño.

MAGDALENA.

Vos sanaréis.

ALCALDE.

¡No, hermana!
que quien enferma dese mal, no sana.

MAGDALENA.

¿No os dió alguna receta?

ALCALDE.

Sí, mujer: que estuviéredes [á] dieta.

MAGDALENA.

¿Heis hecho algún exceso?

esta letra alegre
y este alegre son.

JUANA.

¡Socorro, socorro presto,
que á la casa del amor
interés ha puesto fuego
con poderosa traición!
¡Fuego, fuego, señores,
toquen á fuego,
que se abrasa la casa,
del niño ciego,
y en lugar de centellas
saltan dineros!
Toquen á fuego,
¡socorro presto!

SOLO.

¡Que se abrasa la casa!

TODOS.

Toquen, toquen á fuego.

SOLO.

Que de límite pasa.

TODOS.

Toquen.

SOLO.

Qué interés lo ha causado.

TODOS.

Toquen.

SOLO.

Que el amor ha acabado.

TODOS.

Toquen. ¡Fuego, fuego!, etc.

Este pronóstico escuchen,
que declara los efectos
de una maligna cometa
vista en el signo de hierro.

SOLO.

El pronóstico nuevo,
señoras mozas,
deste año en que estamos
¿quién no le compra?
Será el año estéril
de pastelones,
por criarse marrajos
todos los hombres,
y aunque seca denota
la primavera
mejoría promete
con flores nuevas.
El cometa que llaman
poco dinero
amenaza abundancia
de perros muertos.

303

XCIV.—Entremés de la Ronda.¹

PERSONAS:

ALCALDE.		EL ESCRIBANO.
MAGDALENA, su mujer.		EL BARBERO. ²

Salen el ALCALDE y MAGDALENA, su mujer.

ALCALDE.

¡Magdalena!

MAGDALENA.

¡Marido!

ALCALDE.

No ando bueno,
que me hacen mal las rondas y el sereno.

MAGDALENA.

Después que ronda está la cholla mala.

¹ Del Ms. 15.105.² Figura además Migajón.¹ Así en el texto.